

La regeneración democrática de España

La alternativa a la regeneración es la decadencia, simple y llana. Nada está dado ni ganado para siempre, ni la libertad ni la prosperidad. Hemos visto cómo países próximos han caído y retrocedido rápidamente.



Emilio Lamo de Espinosa

**Catedrático de Sociología (UCM).
de la Real Academia de Ciencias
Morales y Políticas**

Sé que soy reiterativo, pero vale la pena repetirlo una vez más: España ha vivido durante más de treinta años un periodo de extraordinaria prosperidad y libertad. Jamás los españoles han sido más libres, ni han tenido más seguridad, ni han sido más prósperos, cultos, educados o sanos. Periodos así no se repiten, y no podemos esperar que el futuro sea igualmente excepcional. Pero sí debemos aprender del pasado, y la principal lección es que ese inmenso avance fue resultado de un esfuerzo colectivo que los españoles recordamos con una palabra ya casi mítica: consenso. Gracias a él y al marco constitucional de 1978 avanzamos tanto y tan rápido. No debemos olvidarlo, y repetidos sondeos de opinión pública muestran que los españoles no lo han hecho y rememoran la Transición con nostalgia.

Pero hoy nos encontramos en circunstancias muy distintas. Es más, si algo caracteriza al presente es una excepcionalidad inversa, negativa: "Se acabó la fiesta", decía *The Economist*. Y efectivamente, como certifica el CIS, la legitimidad del sistema gobierno-oposición empezó a deteriorarse ya después de las

del 40%; pues bien, en España, tanto el presidente del Gobierno como el jefe de la oposición han estado por debajo del 15% desde hace años. La petición de "democracia real ya", o el grito de "no nos representan", tenía apoyos superiores al 70%.

Esa sería crisis política ha alimentado tres tipos de reacciones. Para unos, si el país está comatoso y no puede reformarse, hagamos uno nuevo al margen de España; es la respuesta del independentismo catalán a la crisis institucional. Para otros se trata de asaltar las instituciones desde fuera para deshacer la "traición" que la "casta" hizo al "pueblo"; es la respuesta radical de Podemos a la crisis de legitimidad. Finalmente, para muchos, sospecho que la mayoría, se trata de abordar un proyecto de rege-

sumarse a ese nuevo proyecto, a una segunda transición.

Un punto y aparte. Este proyecto de regeneración de España —que debe ser amplio, profundo, y continuado en el tiempo—, lo debe lanzar el gobierno, y llamar a la oposición a que se sume. Si no quiere hacerlo, allá ella. Pero sabiendo que la Constitución no es un límite pues debe ser revisada. Lo que necesitamos no es tanto frenar a Podemos; y menos aún necesitamos un nuevo pacto con el catalanismo, un pacto que ni ellos quieren ya.

Lo que necesitamos es un proyecto de España que devuelva la ilusión a un gran país, que se ignora e incluso se desprecia, un proyecto al que invitamos a sumarse a todos, ofreciendo una democracia renovada. El dilema no es "independencia sí

o no", sino "independencia o reforma"; ni es tampoco "ruptura democrática o traición", sino "reforma o ruptura". España no puede quedar atrapada entre el inmovilismo de la legalidad existente y la rebelión, por muy cívica que esta sea. Y es responsabilidad del Gobierno abrir esa ventana de oportunidad para la reforma.

Pero las reformas no se podrán hacer sin un amplio consenso previo. Y para que haya consenso hay que abrir un diálogo nacional, que la sociedad civil, a través de numerosos foros y círculos cívicos de debate, ya ha iniciado —no olvidemos que esta es ya una sociedad culta en la que casi uno de cada tres adultos tiene educación superior—. Para ello podría ser muy útil que una comisión de "sabios", de amplio espectro intelectual y político, sin prisas, haga una doble propuesta: de temas a reformar, y de soluciones a esos problemas, una propuesta que debería canalizar y alimentar el debate nacional.

Tenemos activos y recursos para confrontar ese trance reformista y salir adelante. Población bien formada, seria y trabajadora, que desea oportunidades y trabajo, no subvenciones. Empresas serias, con volumen, que compiten eficazmente en el mundo, y con una brillante elite empresarial. Un liderazgo intelectual, deportivo y artístico. Sectores exportadores dinámicos. Un gran potencial turístico. Un prometedor inicio de I+D. Infraestructuras espléndidas. Hay talento, energía y creatividad. Hay mucha corrupción, sí, pero tenemos uno de los índices de soborno más bajos del mundo. Y a pesar de la crisis la seguridad ciudadana ha mejorado, no empeorado. Y la sanidad es espléndida.

Hay además cimientos sólidos en los que apoyarse, cuestiones políticamente consensuadas. La violencia ha quedado desterrada como instrumento político tras la derrota de ETA, y el intento de los radicales del 15M por incorporarla, ha fracasado. El dilema entre la democracia representativa y la democracia directa (asamblearia), que también afloró con el 15M, se ha saldado positivamente, tanto



Paco Rabal, Iñaki Miramón y Juan Luis Galiardo en 'El disputado voto del Señor Cayo' (Antonio Giménez Rico, 1986), adaptación de Miguel Delibes.

Lo que necesitamos es un proyecto de España que devuelva la ilusión a un gran país

elecciones del 2004 —mucho antes de la crisis económica—, y no ha dejado de hacerlo desde entonces. Y sobre esa crisis de legitimidad se han sumado otras dos, que la han reforzado. Por una parte, una profunda crisis económica, en parte importada, en parte propia, de la que nos recobramos lentamente, muy lentamente, pero que ha dejado una herida de paro y frustración que nos acompañará lustros. Y de otra parte, una crisis del marco institucional de la Constitución de 1978, jamás seriamente actualizada, y que necesita —hay consenso entre los especialistas en derecho público— una seria revisión.

El resultado de esa triple crisis ha sido un airado y potente sentimiento de indignación, transversal a clases sociales, edades y regiones, canalizado por el movimiento del 15M, enormemente popular, indignación dirigida contra la "clase política" —en vieja y clásica terminología—, tildada de "elite extractiva" o de "casta", según el grado de agresividad, y reforzada por los reiterados y ciertamente escandalosos casos de corrupción. No debemos minusvalorar el enorme hartazgo de la sociedad española con "los políticos". En Estados Unidos se preocupan cuando el apoyo del presidente baja

generación democrática de España. Es el único camino.

La hora de la política

Es la hora de la política, de política de Estado, con mayúscula. Pronto tendremos elecciones municipales y autonómicas. Inmediatamente después se han convocado unas elecciones catalanas supuestamente plebiscitarias y posteriormente tendremos las elecciones generales. La crisis de la política española no se solucionará con la mejora de la economía. Como vimos, precede a la crisis económica y continuará después.

Hay que abrir una ventana de oportunidad a la política. Un gran proyecto de regeneración democrática que debe comenzar por abordar la corrupción, reformar el estatuto de los partidos políticos y revisar la ley electoral, pero que conllevará igualmente reformas de las administraciones públicas, de las comunidades autónomas y de la misma Constitución (reforma del Senado, del Título VIII, de la sucesión en la Corona). Reformas que, a la postre, implicarán sin duda también a Cataluña (y su Estatuto), y que obligarán, finalmente, a una votación, a un referéndum nacional. En el que todos los españoles tendrán la oportunidad de

no" sino "independencia o reforma"; ni es tampoco "ruptura democrática o traición", sino "reforma o ruptura". España no puede quedar atrapada entre el inmovilismo de la legalidad existente y la rebelión, por muy cívica que esta sea. Y es responsabilidad del Gobierno abrir esa ventana de oportunidad para la reforma.

Pero las reformas no se podrán hacer sin un amplio consenso previo. Y para que haya consenso hay que abrir un diálogo nacional, que la sociedad civil, a través de numerosos foros y círculos cívicos de debate, ya ha iniciado —no olvidemos que esta es ya una sociedad culta en la que casi uno de cada tres adultos tiene educación superior—. Para ello podría ser muy útil que una comisión de "sabios", de amplio espectro intelectual y político, sin prisas, haga una doble propuesta: de temas a reformar, y de soluciones a esos problemas, una propuesta que debería canalizar y alimentar el debate nacional.

Tenemos activos y recursos para confrontar ese trance reformista y salir adelante. Población bien formada, seria y trabajadora, que desea oportunidades y trabajo, no subvenciones. Empresas serias, con volumen, que compiten eficazmente en el mundo, y con una brillante elite empresarial. Un liderazgo intelectual,

que Podemos no ha tenido más alternativa que jugar dentro del marco institucional. El dilema Monarquía-República, que también afloró quince minutos cuando la abdicación del Rey Juan Carlos, ha quedado zanjado una vez más. Tampoco hablamos (o casi) de la Iglesia o del Ejército (bueno, de este sí pues tiene una excelente imagen, al igual que las policías o la Guardia Civil). Y en la sociedad española, mayoritariamente de centro, moderada y muy poco o nada radicalizada, no hay partidos de extrema derecha, ni anti europeos, ni anti inmigración, ni anti islámicos. Un alivio en el deteriorado escenario político europeo.

La alternativa a la regeneración es la decadencia, simple y llana. Nada está dado ni ganado para siempre, ni la libertad ni la prosperidad. Hemos visto cómo países próximos han caído y retrocedido rápidamente. Grecia se ha hundido perdiendo casi una cuarta parte de su PIB. Italia ha perdido casi un 10%. Países amigos, que eran prósperos hace años, como Argentina o Venezuela, se han hundido. Nos podría pasar lo mismo. Ya nos ocurrió en el pasado. Confíemos en que la sociedad española será capaz de identificar e impulsar hombres de Estado que lideren ese proceso.